

LA MUERTE

Meditaciones de P. Alfonso Torres, S.I.

Material extra (optativo)



LA MUERTE¹

El libro de los Ejercicios solamente contiene en la primera semana las meditaciones «de los tres pecados», «pecados propios» e «infierno»; sin embargo, sabemos que desde el principio se añadían a éstas otras acerca de las verdades eternas. Conservando esta costumbre, una que siempre suele añadirse es la de la muerte, y, como es tan provechosa, también nosotros la vamos a añadir. Ella sola puede bastar para hacer un santo; recuerden cómo el haber oído al P. Maestro Avila un sermón acerca de la muerte de la emperatriz después de contemplar los estragos que la muerte había causado en ella, fue lo que dio ocasión a la conversión de San Francisco de Borja, conversión que, como ya saben, no fue de pecador, pues ya era un buen cristiano, pero sí conversión del todo a Cristo; por ahí podrán entender cuán cierto es que basta para hacer santos. Vamos, pues, a hacer esta meditación con ese espíritu. Para darle más interés y fuerza, me ha parecido mejor hacerlo explicando una parábola del santo evangelio, porque siempre una página del Evangelio es mucho más eficaz que la palabra humana. San Pablo la llamaba *Virtus Dei*, «poder de Dios»; por eso las palabras del santo evangelio tienen una fuerza infinita para tocar las almas.

Hay una parábola que me parece muy propia no sólo para hablar de la muerte, sino para hablar en estas circunstancias tratándose de una comunidad religiosa; es la parábola «de las vírgenes», que trae San Mateo en el capítulo 25. Comenzaremos por leerla y luego haremos algunas reflexiones para meditarla. Dice así: *Semejante es el reino de los cielos a lo que sucedió de diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron al encuentro del esposo y de la esposa. Cinco de ellas eran necias, y cinco prudentes. Y así, las cinco necias, tomando sus lámparas, no llevaron aceite con ellas. Las prudentes, por el contrario, llevaron aceite en sus vasos con las lámparas. Y sucedió que, tardando el esposo, todas pestañearon y se durmieron. Cuando he aquí que a media noche se oyó la voz: «He aquí que el esposo viene; salid a recibirle». Entonces todas las vírgenes se levantaron y aderezaron sus lámparas. Mas las necias dijeron a las prudentes: «Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan». Pero las prudentes respondieron: «No sea cosa que no tengamos suficiente para nosotras y vosotras; id a mercarlo donde lo venden»; y mientras fueron llegó el esposo, y las que estaban dispuestas entraron con él en la sala de bodas y se cerró la puerta. Vinieron, en fin, las otras vírgenes, diciendo: «Señor, señor, ábrenos». Pero él*

¹ P. ALFONSO TORRES, S.I., *EJERCICIOS ESPIRITUALES A LAS SALESAS - Renovación de la vida religiosa*, p. 60 - 65

les respondió: «En verdad os digo que no os conozco». Y añade la parábola: Velad o vigilad, porque no sabéis el día ni la hora.

Esta parábola va a servirnos para meditar acerca de la muerte. Lo primero hay que hacer unas breves explicaciones para entender rectamente la parábola; porque, aunque el fin de ella no es inculcar una verdad como es la muerte, sirve, no obstante, para entender esas verdades.

El Señor alude en esta parábola a una costumbre que existía en el pueblo en tiempo de Jesucristo e incluso ahora; se refiere a la manera de celebrar las bodas. Antes de celebrarlas se firmaba el contrato; después pasaban algunos meses, al cabo de los cuales se conducía a la esposa a casa del esposo. Generalmente, esta ceremonia tenía lugar por la noche; la esposa estaba en casa de sus padres e iba acompañada de sus amigas, que, junto con los amigos del esposo, debían conducirla a casa de éste. Venían con música los amigos de éste a buscar a la esposa; ella salía con sus amigas, y, formando parte del cortejo, se dirigían a la nueva casa, y allí se celebraba el festín de bodas, en el que tomaban parte los amigos del esposo y las compañeras de la esposa; todas llevaban en la mano antorchas o lámparas, así para alumbrar como para dar más regocijo y solemnidad a la fiesta. A esto, pues, alude la parábola. El Señor está representado en el esposo preparado para recibir a la esposa, y habla de la llegada de ésta, del cortejo que llega a casa de los desposados, o sean los amigos y compañeras del esposo y de la esposa, y por último habla del festín de bodas. Esta es la letra de la parábola; pero debajo de ella está el provecho espiritual que nosotros podemos sacar. Vamos a reflexionar un poco a fin de sacar esos frutos espirituales de la presente meditación.

Ante todo reflexionemos. ¿Qué es nuestra vida? No es otra cosa que un momento de espera; por larga que pueda ser, se reduce a esperar la hora de las bodas eternas, la venida del Esposo de las almas, Jesucristo, para celebrar ese festín de bodas. Por una parte, esta consideración sirve para mirar la vida como algo transitorio, y las cosas de este mundo, no como mansión permanente, en que nuestro corazón pueda encontrar su descanso, sino como algo que pronto hemos de abandonar; pensemos que vamos de camino; mejor aún, pensemos que estamos esperando a nuestro Esposo para abandonarlo todo e irnos con Él. Además, nos sirve esto para entender cuánta es nuestra gloria y nuestra dicha; porque ese momento de espera que constituye nuestra vida no es una espera vana de algo engañoso, falaz y caduco; es la espera de la hora del festín de bodas, del momento feliz en que el alma se unirá para siempre con su Esposo divino Jesucristo. Esto, en vez de entristecernos, como sucede a algunas almas, es, por el contrario, lo que regocija nuestra vida; cobra tal fortaleza cuando el alma ve y siente las espinas y se acuerda que esto le lleva a las bodas eternas del Cordero, que es capaz de sufrirlo todo como si hubiera sido hecha participante de la misma fortaleza de Dios; cuando el corazón se pone en aquel festín de las bodas eternas, se mira la muerte como el momento de la libertad después del destierro, como el abrirse las puertas de nuestra cárcel para volver a nuestra patria, a nuestro hogar, que es el cielo.

La vida es un momento de espera cuya duración no se puede precisar; si durará años, quizá horas, tal vez sólo minutos. Como no lo sabemos, esto nos impulsa a la vigilancia, puesto que a la hora menos pensada vendrá el esposo; si

vivimos descuidados, hay peligro de no entrar en las bodas; pero el alma vigilante tiene seguridad de entrar.

Esta sola consideración de la vida como un «momento de espera» produce ya sus frutos; primero, vigilancia constante; segundo, alegría en el corazón; tercero, menosprecio de todas las cosas; no hay que poner el corazón en aquello que pasa; nuestra dicha no está sino en las cosas eternas. ¡Felices los que el Señor llamó a la vida religiosa! Su vida es ésta: aguardar el momento del desposorio eterno, del festín de bodas, de la eterna unión con el Esposo. ¡Corran los mundanos tras los bienes terrenos, las concupiscencias y las cosas engañosas de acá abajo; corramos nosotros, que hemos tenido la dicha de ser iluminados por Dios, corramos en pos de las cosas de arriba guiados por la fe y el santo amor de Dios! Nosotros que hemos tenido la dicha de vivir de la verdad, encontraremos la verdad, encontraremos a Jesucristo, que es la felicidad del alma.

En la misma parábola que presenta a las vírgenes esperando al esposo, se nos dice lo que hacían mientras esperaban. Como verán, hay algo en que todas coincidieron. Dice el evangelio una palabra que se traduce así: pestañearon, es decir, todas se adormecieron; dilató el esposo su llegada, y todas sintieron el peso de su propia flaqueza; pero hay algo en que se diferencian fundamentalmente las prudentes de las necias; las prudentes se adormecen preparadas y con diligencia, mientras que las otras se adormecen descuidadamente. Dice el evangelio que era costumbre llevar en las manos lámparas, así para alumbrar como para dar al acto

mayor solemnidad; naturalmente, esas lámparas necesitaban aceite. Ya saben que las lámparas de que aquí se trata eran pequeños vasos de barro, y, por tanto, era menester alimentarlas con frecuencia; las prudentes llevaron consigo provisión, y así en ningún caso podía el esposo encontrarlas desprovistas; las necias llevaron también sus lámparas, pero no contaron con que se podían agotar y encontrarlas apagadas el esposo. Dice la parábola que, al ser anunciada la llegada del esposo, las prudentes aderezaron sus lámparas y salieron a su encuentro; pero las otras, que no tenían con qué, no se les ocurrió sino pedirles a ellas; les respondieron que no bastaba para todas, y hubieron de irlo a comprar. Salieron; ya era tarde; piensen cómo, en medio de la noche, aquella busca hubo de ser laboriosa, molesta...; al volver, ya todo había pasado, ¡ya era tarde! No hemos de explicar todos los detalles, pues incluso alguno no tiene explicación precisa; es un defecto en la explicación de las parábolas querer encontrar misterios en cada una de las palabras; hay en ellas cosas que se emplean tan sólo para completar la figura, y carecen en absoluto de intención misteriosa; algo de esto hay en la parábola de las vírgenes. Nosotros, sin querer buscar más, miremos la intención general de la parábola; es una hermosa lección que nos enseña cómo hay que esperar al Esposo. Cómo le esperan las almas fervorosas y cómo las tibias. Todas, absolutamente todas, se adormecen. ¿Quién no tiene alguna flaqueza? ¿Quién no tiene que luchar para despertar y avivarse en el servicio del Señor? ¿Quién puede decir que siempre ha estado esperando con vigilancia perfecta? ¡Ninguna! Este *cuero de pecado*, como lo llamaba San Pablo, pesa sobre el alma y la abate; a veces, cansada de luchar, se adormece...; debilidades y flaquezas, siempre las habrá... ¡Dichoso el día eterno, en que el corazón ya no tendrá que temer adormecerse por su miseria y flaqueza; día eterno, en que estará siempre despierto para mirar a Dios y amarle! En tanto llega tan dichoso día, aunque

lamentándolo, el alma se adormecerá. Pero he aquí la diferencia: hay quien no se inquieta por esas flaquezas, y se adormece imprudentemente buscándose a sí; quien no procura estar despierta lo más posible; y hay otras almas que de su inevitable adormecimiento sacan más esfuerzo y generosidad en el servicio de Dios; se dan cuenta del peligro, y trabajan y vigilan por verse libres; el primer adormecimiento es malo; el segundo nace de pura flaqueza y, en último término, redundando en bien. El caso está en que las almas sepan adormecerse bien provisionadas, para que, cuando suene la voz de *He aquí que viene el esposo*, puedan recibirle festivamente y agasajarle; porque las otras, no tan atentas, se encuentran en el instante crítico con las manos vacías. ¿Quién son unas y quién son otras? Claro que en esta comparación están significados los grandes pecadores y los que se salvarán; pero nosotros lo aplicamos también a nuestra conducta en la vida espiritual. Como aquellas vírgenes de la parábola, llevamos en nuestras manos una lámpara: la del santo amor de Dios, que es llama que ilumina, regocija y hermosea la fiesta con que hemos de recibir a Jesucristo, nuestro Esposo. Hay quien se preocupa de tener siempre viva esta llama y quien deja que sea mortecina, moribunda, que casi no alumbre; la primera suerte de almas, aunque se adormezcan, podrá a su tiempo presentar la luz de su lámpara viva y hermosa; las segundas dejan que se amortigüe en ellas el amor de Dios, y presentarán sus lámparas, sí, pero tendrán que lamentar que su luz es la indispensable para que no se diga que está apagada; y si es verdad que, aunque mortecina su luz, entrarán al festín, ¡qué tristeza será la suya al ver que, en vez de poner todo su interés en que su luz fuese la que más resplandeciera, y así recrear el corazón del Esposo, tienen que presentarse a Él como almas que han respondido con un amor tan miserable al amor infinito que Dios las ha tenido!... Y si posible fuera, ¡qué tristeza también para el corazón de Jesucristo!... En el alma, porque ve que podría haber correspondido mejor a ese amor y no lo ha hecho; y en Jesucristo, porque recoge tan menguados frutos de un alma que debía ser toda suya...

Valga esto para que nos hagamos esta pregunta: Si en el momento presente en que estamos «esperando» resonase la voz: *He aquí que viene el esposo*, ¿cómo nos encontraría?... Y ya con esto queda comentado el final de la parábola. Las vírgenes prudentes, hallándose con sus lámparas preparadas, siguieron al esposo y, atravesando calles, llegaron a la casa de los nuevos desposados, penetraron en ella y celebraron el festín de bodas con el esposo. No olviden que, cuando Nuestro Señor quiere hacernos entender lo que es el cielo, se vale de la imagen del *festín*; recuerden aquel rey que en las bodas de su hijo preparó un festín, y, llegada la hora, se excusaron los invitados, y llamó a otros; y cómo aquel otro fue arrojado del festín por no tener la vestidura de bodas. Esto mismo hace San Juan cuando en su Apocalipsis habla de las *bodas del Cordero*, y, empleando esa imagen, hace alusión al cielo. Pues lo mismo aquí: las almas fervorosas, que son las que tienen sus lámparas encendidas, éstas son las que entrarán. Cuando, al acercarse la muerte, resuenen esas voces misteriosas del cielo: *He aquí que viene el esposo*, se regocijarán, porque en su vida no han hecho más que disponer los agasajos con que han de recibirle; su vida ha sido un anhelo de que llegue esta hora para irse con Él; a éstas introducirá el Esposo en el *festín*, donde por siempre han de poseer a su Dios y encontrar su dicha en la felicidad misma con que es feliz su Dios.

En cambio, las necias, las que han dejado apagar su lámpara, en quienes se ha

ido extinguiendo la *caridad*, dice la parábola de una manera pintoresca que *hallaron cerrada la puerta* y oyeron esta palabra del esposo: *No os conozco*. Propiamente, estas almas son los réprobos, arrojados de las claridades del *festín* a las *tinieblas exteriores* (según frase del evangelio); que, en vez de hallarse en la sala del festín, se encontrarán en medio de la calle entre las sombras de la noche.

Parece que de esto ni *hablar* debía aquí; pero bueno es obrar nuestra salud con temor y temblor; podemos, por nuestro descuido, dejar que se apague en nosotros la lámpara de la caridad; nuestro corazón es frágil, es de barro; puede quebrarse y derramarse el óleo. Este santo temor nos ayudará a custodiar con diligencia y fervor la lámpara de la divina caridad.

Pero confiemos en el Señor que nuestra vida ha de ser la espera de las vírgenes prudentes, para que, cuando suene la voz: *He aquí que viene el esposo*, no sintamos la amargura de quien ha perdido su tiempo; sino que, a pesar de habernos adormecido por nuestra flaqueza, podamos regocijarnos como quien tiene la dicha de que su lámpara esté bien encendida para entrar con el esposo en la sala del festín. Quien abriga esta esperanza, ¿qué ha de hacer sino tener puesto su corazón en que esa llama se avive cada vez más, hasta llegar a ser un verdadero incendio, y que en su corazón la lámpara de la caridad venga a ser como la lámpara divina del corazón de Jesús, y vivir encendida en sus llamas, para que, cuando el Esposo venga, hallando que esta lámpara se parece a la suya, le recree como la suya, y poderle ofrecer así un corazón, como el suyo, abrasado en caridad?

Meditemos bien estos tres pensamientos: primero, la vida es un momento de espera; segundo, cómo debemos esperar; tercero, cómo, si hemos sabido esperar, saldremos con regocijo a recibir al Esposo con nuestra lámpara encendida.

Pidamos al Señor que, pues Él es el Esposo a quien esperamos, nos ayude a mantener nuestra lámpara bien encendida para tener la dicha de ser su regocijo y su recreo cuando oigamos aquella voz: *He aquí el esposo que viene; salid a recibirle*.